

QUIPU VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 29 18/12/2020

SANTA CATALINA, EL MONASTERIO DE AREQUIPA



UNA VISITA GUIADA

ALONSO RUIZ ROSAS

Recorrido imaginario por el Monasterio de Santa Catalina, en compañía del pintor Ricardo Córdova.

El centro histórico de Arequipa fue inscrito en la Lista del Patrimonio Mundial el año 2000. La ciudad fue fundada en 1540: noventa y seis españoles, incluyendo unas pocas mujeres, y un número impreciso de collaguas, quechuas, puquinas, collas y miembros de otras etnias asentadas en la comarca, participaron en el acto. Ubicada en un colorido valle salpicado de



Patio de ingreso y Claustro de los Naranjos (detalle), 2019. Óleo sobre tela

caseríos, al pie de tres volcanes y en medio del desierto, la naciente ciudad no tardó en emplear el tufo volcánico o *sillar* para sus construcciones, dotándolas de un perfil inconfundible. *Ella surgió de la plutónica / marea blanca del sillar* dice el poeta César A. Rodríguez. Su gloria arquitectónica será el barroco mestizo, aunque sabrá proyectarse al neoclásico. De sillar es también el Monasterio de Santa Catalina, primera clausura de monjas dominicas establecida en el Virreinato del Perú. El monasterio data de 1579; acogió entonces a su fundadora y benefactora, María de Guzmán, una viuda criolla a quien acompañaban tres postulantes, una doncella y una esclava. A fines del siglo XVIII, vivían allí más de 400 mujeres, entre monjas, novicias, seglares y servidoras. El monasterio resume el proceso edificador del centro histórico: es, se ha dicho muchas veces, una ciudadela en medio de la ciudad.

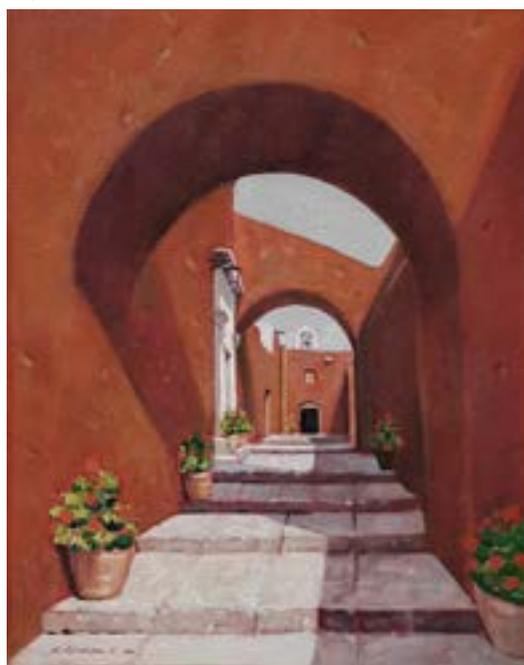
Los 20 426 m² que abarca están cercados por un alto muro de sillar de fines del siglo XVII, excepto el tramo de una calle lateral, abierta en 1946 sobre parte del huerto. El muro y la fachada de la iglesia estuvieron pintados de amarillo ocre, con los relieves y la cúpula de blanco, hasta 1970, cuando concluyó su restauración y el municipio impuso el sillar cara vista en los exteriores. A la distancia, el conjunto parece fabricado con miga de pan. De cerca, no deja de sorprender el aplomo de esta frágil levadura volcánica, que los alarifes han venido labrando durante más de cuatro siglos.

INGRESO, LOCUTORIOS, NOVICIADO

Por la calle Santa Catalina, integrados al perímetro, se elevan robustos contrafuertes y las dos sencillas portadas de la iglesia. Al pie del campanario, se abre un portón bajo el relieve de la santa sienesa. Surge entonces el patio de ingreso, con muros de color almagra. La blancura exterior contrasta con el cromatismo que, en adelante, ofrece el monasterio. Dan al patio cuatro pequeñas salas con la parte externa de los locutorios. Al fondo, precedida por unos arcos, la sala de portería, con el respectivo torno, conduce al interior. Penumbra y distancia: el ambiente contiguo tiene una larga bóveda de cañón, atravesada longitudinalmente por un muro, en cuyas aberturas hay una doble reja. Los locutorios están apenas iluminados por unos tragaluces con piedra (alabastro) de Huamanga.

En el segundo patio, de color naranja ocre, se halla la sala de visitas. Su techo es plano porque la bóveda original se desplomó en el terremoto de 1868, uno de los más devastadores entre la docena de sismos que han sacudido la ciudad. Aquí las monjas recibían al obispo y a contados visitantes. La sala acoge ahora unas imágenes del siglo XVIII, de tamaño natural, que representan la Última Cena.

Dos arcos arbotantes anteceden al tercer patio. En el segundo arco, una inscripción: SILENCIO, resume el sentido de la vida monástica. El patio muestra la solidez de la construcción y llama al recogimiento. Las chorreras sobresalen en lo alto; el piso, ajedrezado, combina el sillar con los cantos rodados y deja ver las canaletas pluviales. Al fondo, junto a dos arquerías en ángulo, un estrecho zaguán lleva al pequeño Claustro de Novicias, con bóvedas de ladrillo y desnudos muros y columnas de sillar. Lo adornan unas *Letanías Lauretanas*, decimonónicas. El claustro tiene una capilla neoclásica y siete de las ochenta celdas que suma, en total, el monasterio.



Calle Sevilla, 2020. Óleo sobre tela

CLAUSTRO DE LOS NARANJOS, CALLEJUELAS, COCINA

Un zaguán esquinado conduce al Claustro de los Naranjos. Hacia el medio, entre los naranjos, tres cruces verdes, de madera, evocan el calvario. El claustro, de azul añil y blanco, luce un decorado mural de aves y flores, altorrelieves con anagramas y una serie de lienzos *-Emblemas de amor divino-* sobre las vías de la experiencia mística: purgativa, iluminativa, unitiva. El barroco permite que un niño alado, entre ángel y Cupido, dispare sus flechas. En un lienzo se advierte una explosión volcánica. Las pinturas incluyen citas y explicaciones. Se lee, por ejemplo, este versículo: *Tú sabes, Señor, mis locuras, y mis pecados no se esconden de ti.* En estos claustros, frecuentes en la arquitectura local, se suceden las cúpulas de arista apoyadas en ménsulas y pilares.



Claustro Mayor, 2019. Óleo sobre tela. Escalinatas 1989 y, a la derecha, Cúpula, 2015. Acuarelas

La primera celda es, en realidad, uno de los catorce solarillos que conserva el monasterio. Estas construcciones surgieron a inicios del siglo XVII, a raíz de los frecuentes sismos. Diferían en tamaño, según los medios de las monjas, cuyas familias, además de la dote, financiaban su construcción. Son moradas distintas con elementos comunes: sala, dormitorio (con la tarima bajo un antisísmico arco de medio punto), cocina con horno, patio. Las religiosas se instalaban allí con su servidumbre y, a veces, algunas parientes. Podían alquilarlas, dejarlas en herencia o, llegado el caso, venderlas. El espesor de los muros permitía empotrar armarios; tienen también, a modo de altares, hornacinas con imágenes sacras y, con frecuencia, pinturas del *Agnus Dei*, de simbología apocalíptica. La museografía actual ha dispuesto algunos muebles y otras curiosidades.

Da a este claustro la sala *De profundis* (*Desde lo profundo te invoco, ¡oh Yahvé!*, reza por algo el salmo), con su bóveda de cañón, tarimas funerarias y quince retratos *post mortem* de monjas, siete de ellas coronadas. Al lado, la calle Málaga acoge otros solarillos y la enfermería, llamada *Sala Zurbarán* por el lienzo de un arcángel atribuido al taller del artista. Diez arcos de medio punto cobijaban los lechos de las enfermas; ahí se exponen ahora imágenes, casullas, vajillas y otras piezas de las dotes, algunas venidas de Europa o, incluso, en el galeón de Manila.

Al otro extremo se inicia la calle Córdoba, pintada de blanco y cargada de geranios. El aposento de la izquierda devino *Sala de hostias* y guarda troqueles y utensilios para su elaboración. Asoma, al lado, el discreto acceso a la nueva clausura. Al frente, una celda exhibe un canapé con un tapiz andino de transición. Surge luego la calle Toledo, de color rojo ocre, la más larga, angosta y antigua del monasterio. Se advierten en sus celdas las técnicas primeras: muros de piedra, techos de par y nudillo, vigas amarradas con cuero de llama, como estilaban los antiguos peruanos. Algunas mantienen los tejados, aunque, en general, desaparecieron: según Ventura Travada (1750), en cada terremoto caía «una lluvia de tejas».

En la esquina de las calles Toledo y Sevilla, una celda con cúpula de arista -de ladrillo- era utilizada como aula. La perspectiva de la calle Sevilla es también sugestiva: dos arcos contrafuertes, una leve gradería y, al fondo, una espadaña. La calle Toledo concluye en el muro perimétrico. A un lado, un portón señala el ingreso al antiguo cementerio. Al otro, al aire libre, veinte medias tinajas, echadas y alineadas en orden descendente, servían, con la debida canalización, para lavar la ropa. Las tinajas o *chombas* debieron ser recicladas de entre las muchas que se usaban para almacenar la abundante producción de vinos y aguardientes de la región.

El jardín del fondo parece sugerir el amputado huerto. Empieza allí -en sentido contrario- la calle Burgos. En su primer solarillo un clavicordio recuerda la importancia de la música -*gloria del apolíneo sacro coro*, según Fray Luis- en la vida monacal. La encrucijada de las calles Burgos, Sevilla y Granada permite apreciar la cúpula del templo entre la densidad de los volúmenes. Una sala, tal vez la antigua sacristía, muestra en la bóveda un relieve de Santo Domingo; se conservan aquí el retrato de la fundadora, cilicios, disciplinas, bordados, flores artificiales y un curioso *pulguero*, donde la caridad embotellaba a los

diminutos parásitos. Hacia el fondo está la guardianía, con acceso a la calle para el ingreso de los mantenimientos. El patio tiene piso de canto rodado, huellas para las carretas y una arquería con dos tornos.

Muy cerca, la cocina comunitaria ofrece monumentales ambientes tenebristas impregnados de hollín. Se dice que aquí funcionó la primitiva iglesia. Hay un pozo ahora ciego, horno, batanes, fogones, huellas de panadería y pastelería. Sus condumios enriquecieron la tradición culinaria de la ciudad y sus dulces fueron célebres («comidas magníficas, meriendas deliciosas» escribe Flora Tristán, recordando los seis días que pasó invitada en la clausura, en 1834). Del tizne inspirador se pasa, gradería de por medio, a la luminosa plazuela de Zocodover, con su pileta de piedra y chorreras de bronce. A un lado está la púdica bañera de las monjas. Al frente, unas puertas de sauce con finas tallas. En el entorno destacan otro solarillo, la nueva sacristía y la celda de la beata Ana de los Angeles Monteagudo (1602-1689), máxima exponente de la devoción local.

CLAUSTRO MAYOR, IGLESIA, PINACOTECA

Un corredor abovedado conduce al Claustro Mayor, construido entre 1715 y 1721. Ahí se encuentra el refectorio, con sus pinturas religiosas, austeras mesas y duras bancas. Detrás, otra cocina comunitaria impacta por su techo piramidal, útil para extraer el humo. El claustro, de color ocre y con una serie de lienzos sobre Jesús y la Virgen, corre paralelo a la iglesia. Adosados al templo, hay cinco confesionarios detrás de un elevado barandal. Al extremo, una ancha escalinata conduce al Coro Alto, mientras una discreta puerta en la arquería lleva al Coro Bajo, espacio clave para la vida religiosa. La iglesia, de fines del siglo XVII, cuenta con una sola nave y es ahora neoclásica. El sagrario y el frontal de plata labrada permite imaginar su perdido apogeo barroco: tuvo, según Travada, «seis retablos dorados», el mayor con tres cuerpos en toda «la testera principal», además de relieves en la bóveda y tallas en las portadas.

Por el Coro Bajo se accede a tres extensas salas que cierran el conjunto e hicieron de dormitorio comunitario, desde 1861 hasta poco antes de la apertura del monasterio al público, en 1970. Aquí, bajo tres largas bóvedas -dos paralelas y otra perpendicular, amarradas al Claustro Mayor y al de los naranjos-, está ahora la pinacoteca, con algunas esculturas y noventa y dos lienzos, en especial de la Escuela Cuzqueña, incluida una serie sobre Santa Catalina. Solo nos detendremos en la tela donde un joven posa bajo la advocación de San Bernardo. Sería, al parecer, un retrato de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, novicio jesuita y precursor de la Independencia, enviado a sus hermanas Bernardina y Narcisca, monjas de esta clausura, cuando estudiaba en el Cuzco. La visita a tan sorprendente conjunción de formas arquitectónicas ha concluido. Volvemos al patio de ingreso, y como dice Martín Adán: *La campana Catalina / tañe, tañe, tañe, tañe*.

Una primera versión de este artículo fue publicada en 1994. Se agradece la colaboración de Isabel Olivares. En Arequipa se puede visitar también el monasterio carmelita de Santa Teresa (1714).

En la portada: Ricardo Córdova. *Santa Catalina*, 2018. Óleo sobre tela.

<https://www.youtube.com/watch?v=4nLfM8Vawjw>

LA RIQUEZA DEL MUSEO

El Banco Central de Reserva del Perú fue creado en 1922. En 1929, ocho meses antes del famoso *crack*, inauguró en el centro de Lima su nueva sede, un edificio de estilo academicista, en la esquina de los jirones Lampa y Ucayali, obra de Alfred C. Bossom, arquitecto inglés afincado entonces en Nueva York. En 1979, al trasladarse el banco a una sede más amplia, construida en parte del antiguo convento de los jesuitas, transformó ese edificio en uno de los más valiosos museos de la capital: el MUCEN, Museo del Banco Central de Reserva.



Ornamento moche de oro, siglos II-IV

El MUCEN atesora una importante colección de arte prehispánico, con muestras representativas de los diversos horizontes culturales de la civilización andina. Destaca también su serie de pintura virreinal, con obras de Cuzco, Ayacucho y Lima, y una sala de arte popular peruano, donde se puede apreciar la colección reunida durante largos años por el historiador Pablo Macera. A ello se añade una variada colección de pintura, grabado, dibujo y escultura del período republicano, con obras de Francisco Laso, Carlos Baca Flor, Daniel Hernández, José Sabogal, Julia Codesido, Ricardo Flórez, Romano Espinoza y de otros creadores contemporáneos. El museo cuenta, además, con una sala de exposiciones temporales y cada año exhibe las obras de los artistas que participan en el Concurso Nacional de Pintura del BCR.

El MUCEN está también a cargo del Museo Numismático, ubicado en el local del antiguo Tribunal Mayor de Cuentas, un inmueble adyacente a la Casa Nacional de Moneda, cuya fundación se remonta a 1565. Fuera de Lima, el museo se encarga del patrimonio artístico que el BCR conserva en sus sedes de Arequipa (Casona de Goyeneche), Piura



Ricardo Flórez. *Mariacha*. 1933. Óleo

(Casa Cushing) y Trujillo (Casona Urquiaga). Una colección de colecciones, como puede advertirse.

<https://www.bcrp.gob.pe/museocentral/el-museo.html>

AGENDA



EL CLARÍN DE CAJAMARCA

Dentro de las llamadas «trompetas naturales» características de diversas comunidades de los Andes, el clarín (o *kepa*) de la región de Cajamarca, en el nororiente peruano, sobresale por su longitud -3,5 metros, que llegan a 5 en el caso de los roncadores- y sus sonidos, graves o de contagante y festivo brillo. El clarín se prepara cuidadosamente, utilizando un carrizo debidamente perforado y pulido, al que se le añade una boquilla y corona, a manera de bocina, una calabaza seca. La embocadura es lateral y el aerófono se toca elevándolo con la mano derecha mientras la otra hace el necesario contrapeso en el extremo de la boquilla. Resuena en fiestas comunales, faenas y ceremonias religiosas y es frecuente ver el contrapunto dialogante entre el clarinero y su largo instrumento y otro músico que lleva un tamboril o caja de doble parche, que toca marcando el ritmo mientras sopla al mismo tiempo una flauta de tres agujeros que digita con la otra mano. Declarado Patrimonio Cultural de la Nación y registrado en una de las acuarelas de la colección del obispo Martínez Compañón de fines del siglo XVIII, el origen del clarín de Cajamarca se pierde en el tiempo, pero espera volver a resonar en los carnavales del futuro.

<https://www.youtube.com/watch?v=mLsLhoRnsk8>



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@reee.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe